

TRATADO TERCERO.

De la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en las obras.

CAPITULO I.

Que debemos huir en nuestras obras el vicio de la vanagloria.

Una de las cosas mas encomendadas y repetidas en nuestras Constituciones y reglas, es que procuremos en todas nuestras obras tener la intencion recta, buscando siempre en ellas la voluntad de Dios y su mayor gloria. Porque casi á cada paso se nos repiten en ellas aquellas palabras: «A mayor gloria de Dios,» ó «mirando siempre el mayor servicio divino (1),» que es lo mismo. Tenia nuestro S. Padre tan impreso en su corazón este deseo de la mayor gloria y honra de Dios, y tenia tanto uso y ejercicio de hacer todas sus obras por este fin, que de ahí viene á brotar y decirlo tan amenudo; que «de la abundancia del corazón salen las palabras (2).» Este fué siempre como su blason y el ánima y vida de todas sus obras, como se dice en su historia (3). Y así, con mucha razon le pusieron en su estampa aquella letra: Ad majorem Dei gloriam: A MAYOR GLORIA DIVINA. Esas son sus armas, ese es su letrero y blason:

(1) Ad majorem Dei gloriam. Majus Dei obsequium semper intiendo.
(2) Ex abundantia enim cordis, os loquitur. Matth. 12; Luc. VI, 41.
(3) Lib. 1, c. 3 vitae S. P. N. Ignat.

ahí está cifrada su vida y sus hazañas: no se le pudo dar mayor alabanza en tan breves palabras. Pues esas tambien han de ser nuestras armas, y nuestro letrero y blason, para que como buenos hijos nos parezcamos á nuestro Padre.

Con razon se nos encarga esto tanto, porque (1) todo nuestro aprovechamiento y perfeccion está en las obras que hiciéremos, y cuanto esas fueren mejores y mas perfectas, tanto mejores y mas perfectos seremos nosotros. Pues nuestras obras tanto mas tendrán de bondad y perfeccion, cuanto la intencion fuere mas recta y pura, y el fin mas alto y perfecto; porque eso es lo que dá el ser á las obras, conforme á aquello del Sagrado Evangelio: «La luz de tu cuerpo es tus ojos; si tus ojos fueren claros, todo tu cuerpo tendrá luz; mas si tus ojos fueren oscuros, todo tu cuerpo lo estará (2).» Por los ojos entienden los Santos (3) la intencion, que mira y previene primero lo que quiere hacer; y por el cuerpo entienden la obra, que se sigue luego á la intencion, como todo el cuerpo sigue á

(1) Trat. 2. c. 1.
(2) Lucerna corporis tui est oculus tuus; si oculus tuus fuerit simplex totum corpus tuum lucidum erit, si autem oculus tuus fuerit nequam totum corpus tuum tenebrosum erit. Matth. VI, 22.
(3) Gregor. lib. 38, Mor. c. 3.

los ojos. Pues dice Cristo nuestro Redentor, que lo que dá luz y resplandor á las obras es la intencion. Y así, si el fin é intencion de la obra fuere buena, la obra será buena; y si mala, mala; y si el fin fuere alto y perfecto, la obra tambien lo será. Esto es tambien lo que dice el apóstol San Pablo: «Cual fuere la raiz, tal será el árbol y el fruto de él (1).» De un árbol que tiene la raiz dañada, ¿qué fruto se puede esperar, sino desabrido, amargo y lleno de gusanos? Pero si la raiz está sana y buena, el árbol será bueno y dará buen fruto. Así en las obras, su bondad y perfeccion está en la puridad de la intencion que es la raiz. Y el mismo nombre se lo dice, que cuanto ellas fueren mas puras, tanto serán mejores y mas perfectas. San Gregorio, sobre aquello de Job, «sobre el cual se fundamentaron sus basas (2),» dice que así como la fábrica de todo el edificio material suele estribar en unas columnas, y las columnas en sus basas y pedestales, así toda la vida espiritual estriba en las virtudes, y las virtudes se fundan en la intencion pura y recta del corazón (3).

Para que procedamos en esto con buen orden, trataremos primero del fin malo que habemos de huir en nuestras obras, no haciéndolas por vanagloria ni por otros respetos humanos, y despues diremos del fin ó intencion recta y pura con que las debemos hacer; porque primero ha de ser el apartarnos de lo malo, y despues hacer lo bueno, conforme á aquellas palabras del Profeta: «Apártate del mal y obra el bien (4).» Todos los Santos nos avisan que nos guardemos mucho de la vanagloria, porque es, dicen, un ladrón muy sutil que suele saltearnos y robarnos las buenas obras, y entra tan

(1) Si radix saneta, et rami. Ad Rom. XI, 16.
(2) Super quo bases illius solidatae sunt. Job. XXXVIII, 6.
(3) Greg. lib. 38. Mor. c. 23.
(4) Diverte a malo, et fac bonum. Ps. XXXIII, 15.

oculta y disimuladamente que muchas veces, antes que sea sentido y conocido, nos ha ya robado y despojado. Dice San Gregorio (1) que es como un ladrón disimulado, que se junta con un caminante fingiendo que va él mismo caminando, y despues cuando está mas descuidado y seguro le roba y mata. Yo confieso, dice el Santo en el capítulo último de los libros de los Morales, que cuando me paro á examinar mi intencion en escribir estos libros, me parece que solamente pretendo agradar en ello á Dios. Pero cuando no me cato, hallo haberseme entrado y mezclado un apetito de contentar y agradar en ello á los hombres, y un vano contento y complacencia de eso, no sé cómo ni de qué manera, sino que al cabo de rato echo de ver que no va aquello tan limpio de polvo y de paja como cuando comencé; porque sé que lo comencé con buena intencion y con deseo de agradar á Dios puramente, y despues veo que ya no va tan puro como eso. Acontécenos, dice, en esto como en el comer; comenzamos á comer por necesidad, y entráenos tan sutilmente la gula y la delectacion, que lo que comenzamos por necesidad y para sustentar la naturaleza y conservar la vida, ya lo continuamos y acabamos por deleite y por gusto. Así acá muchas veces tomamos el oficio de predicar y otros semejantes por aprovechar á las almas, y despues váenos entrando la vanidad y deseamos agradar y contentar á los hombres, y ser tenidos y estimados, y cuando no hay eso, parece que se nos caen las alas y lo hacemos de mala gana.

CAPITULO II.

En qué consiste la malicia de este vicio de la vanagloria.

La malicia de este vicio consiste en que

(1) Greg. c. ult. Mor. et lib. 9. s. 13.

el hombre vanaglorioso se quiere alzar con la gloria y honra que es propia de Dios: "A solo Dios honra y gloria (1)," y que no la quiere él dar á otro, sino reservarla para sí: "Mi gloria no la daré yo á otro (2)." Y así dice S. Agustín (3): "Señor, el que quiere ser alabado por lo que es don tuyo, y no busca tu gloria en el bien que hace sino la suya, este tal ladrón es y robador, y semejante al demonio que quiso hurtar tu gloria. En todas las obras de Dios hay dos cosas, hay provecho y hay honra y gloria que resulta de la tal obra, que consiste en que el artífice de la tal obra sea alabado, estimado y honrado por ella. Pues ordenó Dios en esta vida, y quiere que se cumpla así, que todo el provecho de sus obras sea del hombre; pero que toda la gloria sea para el mismo Dios: "Todas las cosas hizo Dios por causa de sí mismo, esto es, para alabanza y gloria y honra suya (4). Y así todas ellas nos están predicando su sabiduría, bondad y providencia; y por esto se dice que "los cielos y la tierra están llenos de su gloria (5)." Pues cuando uno en las buenas obras quiere la gloria y honra de los hombres para sí, pervierte este orden que puso Dios en las buenas obras, y hace injuria á Dios, queriendo y procurando de los hombres, que se habian siempre de ocupar en honrar y alabar á Dios, se ocupen en alabarle y estimarle á él, y queriendo y procurando que los corazones de los hombres, que hizo Dios para vasos que estuviesen llenos de la honra y gloria del mismo Dios, estén llenos de su propia honra y estima; que es hurtar también á Dios

(1) Soli Deo honor, et gloria. I ad Tim. 1, 17.
 (2) Gloriam meam alteri non dabo. Isaiæ. XLII, 8; XLVIII, 11.
 (3) Aug. c. 15 Solil.
 (4) Universa propter semetipsum operatus est Dominus. Prov. XVI, 4.—Et creavit Dominus omnes gentes, in laudem, et nomen, et gloriam suam. Deuter. 26.
 (5) Psalm. XVIII, 2; Isaiæ. VI, 3.

los corazones, y como echar á Dios de su propia casa y morada. Pues ¿qué mayor mal puede ser que el robo de la honra de Dios y de los corazones de los hombres, y diciendo con la boca que miren á Dios, querer con el corazón que quiten sus ojos de Dios y los pongan en vos? El verdadero humilde no quiere vivir en el corazón de ninguna criatura, sino de solo Dios; ni quiere que nadie se acuerde de él, sino solo Dios; ni que nadie se ocupe con él, sino con Dios; y que á solo él aposenten y tengan todos en su corazón.

Entenderase también la gravedad y malicia de este vicio por este ejemplo y comparación: si una muger casada se compusiese y aderezase para agradar á otro que á su marido, bien se vé la injuria grande que en ello le haria; pues las buenas obras son unos atavíos con que adornamos y componemos nuestra alma; y así, si las haceis por agradar á otro que á Dios que es Esposo de ella, hareisle grande injuria. Mas: mirad cuán grande fealdad seria si un caballero estimase en mucho haberse puesto á un pequeño trabajo por amor y servicio de un rey que primero se hubiese puesto por amor de ese mismo caballero á grandes afrentas y trabajos, y qué cosa tan vergonzosa seria si este caballero se gloriase y jactase con otros de aquella nonada que habia hecho por el rey. ¡Qué mal pareceria á todos! ¿Y qué si el rey sin ayuda suya hubiese hecho y sufrido todo aquel trabajo, y el caballero aquello poco que hizo fué con grande ayuda y favor del rey, y con grandes mercedes prometidas antes y recibidas despues? Pues todo esto podemos aplicar cada uno á sí para avergonzarnos de estimarnos y envalnecernos de lo que hacemos, y mucho mas de jactarnos y alabarnos de cosa alguna, pues en comparación de lo que Dios ha hecho por nosotros y de lo que habiamos de hacer por él, es vergüenza lo que hacemos.

Declarase también la malicia de este vicio en que los teólogos y los Santos le ponen por uno de los siete vicios que comunmente llaman mortales, aunque mas propiamente capitales, porque son cabezas y principios de los demas pecados. Algunos ponen ocho vicios capitales (1), y dicen que el primero es soberbia y el segundo vanagloria; pero la comun sentencia de los Santos, y la que tiene recibida la Iglesia, es poner siete vicios capitales. Y dice Santo Tomás (2) que el primero de ellos es la vanagloria; y que la soberbia es raiz de todos siete, conforme á aquello del Sábio: "El principio de todo pecado es la soberbia (3)."

CAPITULO III.

Del daño que trae consigo la vanagloria.

El daño grande que trae consigo este vicio de la vanagloria, bien claramente nos lo avisa Cristo Nuestro Redentor en aquellas palabras del Sagrado Evangelio: "Mirad no hagais las buenas obras delante de los hombres por ser vistos y alabados de ellos, porque de esa manera no tendreis premio ninguno en los cielos (4)." No seais como aquellos fariseos hipócritas, que todas las cosas hacian por ser vistos de los hombres y por ser tenidos y estimados de ellos, porque lo perdereis todo: "De verdad os digo, que estos tales ya han recibido su galardón (5)." Deseastes ser tenido y estimado, y eso os movió á hacer lo que hicisteis; pues ese será vuestro premio y galardón, no esperéis otro premio en la otra vida. ¡Ay triste de

(1) Cónae. cap. de vanagloria.
 (2) D. Thom. 2-2, q. 132, art. 4.
 (3) Initium omnis peccati est superbia. Ecc. X, 15.
 (4) Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in coelis est. Matth. VI, 1.
 (5) Amen dico vobis, receperunt mercedem suam. Ib.

vos que habeis recibido ya vuestro galardón y no teneis mas que esperar! Dice Job: "Ya se acabó la esperanza del hipócrita (1)," que es el que hace las cosas por ser tenido y alabado. Decláralo muy bien San Gregorio (2), porque la estimación y las alabanzas humanas, que era lo que él esperaba, ya se acabaron con la vida: "No le agrada su necedad (3)." ¡Oh! ¡qué burlado y engañado os hallareis, dice el Santo, cuando se os abran los ojos y veais que con lo que pudiéades comprar el reino de los cielos, comprastes una vana alabanza de los hombres, un bien lo dijo ó bien lo hizo (4)! ¿Qué mayor engaño y que mayor locura puede ser que esa, haber trabajado mucho y hecho muchas buenas obras, y hallaros despues vacío? Eso es lo que dice el Profeta Ageo: "Advertid y mirad lo que haceis en esto; sembrasteis mucho y cogisteis poco; comisteis y no os hartasteis; bebisteis y no quedasteis satisfecho; cubristes os y no os calentasteis; todo cuanto haceis, no os aprovecha nada, porque lo echais en un saco roto, que apenas lo habeis echado por una parte cuando ya se ha salido por otra (5)." Otra letra dice: "Lo que juntó lo echó en una tinaja rajada (6)." Es como quien echa el vino en una cuba ó candelota que tiene muchos resquicios y agujeros, que echarlo y derramarlo, todo es uno. Eso hace la vanagloria, ganarlo y perderlo, todo es uno: anda junta la pérdida con la ganancia. Pues "¿por qué gastais vuestro

(1) Et spes hypocritæ peribit. Job. VIII, 13.
 (2) Greg. lib. VIII Mor., c. 28.
 (3) Non ei placebit recordia sua. Job. VIII.
 (4) Qui pro virtute, quam agit, humanos favores desiderat, rem magni meriti vili pretio venalem portat: unde coeli regnum mereri potuit, inde numinum transitorii sermonis quaerit.
 (5) Ponite corda vestra super vias vestras; seminastis multum, et intulistis parum; comedistis, et non estis satiati; bibistis, et non estis inebriati; operuistis vos, et non estis calefacti, et qui mercedes congregavit, misit eas in saculum pertusum. Ag. I, 5.
 (6) Et qui mercedes congregavit, misit eas in dolum perforatum.

dinero y no en pan, y vuestro trabajo y no en comer (1)?” Ya que haceis las cosas, ya que trabajais y os cansais, hacedlas de manera que os valgan algo, y no de suerte que lo perdais todo.

Tres daños colige de aquí San Basilio (2) que causa en nosotros este vicio de la vanagloria. El primero es, que nos hace cansar y afligir nuestro cuerpo con trabajos y buenas obras. El segundo, que nos despoja de ellas despues de hechas, haciéndonos perder todo el premio y galardón. No nos hace este vicio que no trabajemos, dice San Basilio, que eso aun no fuera tanto daño quitarnos el premio no trabajando, sino aguarda que nos cansemos y hagamos las buenas obras, y entonces nos roba y despoja de ellas quitándonos el premio. Es, dice (3), como un corsario que está en celda escondido, aguardando que salga el navío del puerto muy cargado de mercaderías, y entonces hace su asalto. No se ponen los corsarios á saquear la nave cuando sale del puerto vacía para ir á cargar de mercaderías, sino esperan á que vuelva cargada: así este ladrón de la vanagloria aguarda que carguemos de buenas obras, y entonces nos saltea y despoja de ellas. Y mas; no solo nos quita el premio, sino, lo tercero, hace que en lugar de él merezcamos castigo y tormento; porque el bien le convierte en mal y la virtud en vicio por el fin vano y malo que le poneis. Y así, de la buena semilla venís á coger mal fruto y á merecer pena y castigo por lo que pudiérais merecer el cielo. Y todo esto hace la vanagloria con una suavidad tan grande, que no solo no siente uno el perder, como pierde, todo lo que hace, sino que gusta de ello; y tanto, que aunque mas se lo digais,

(1) Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate? *Isaiac*, LV, 2.
(2) *Basil. const. Monast. c. 11.*
(3) *Ideja Chrysost. hom. III, in verba Isaiæ: Vidi Dominum.*

y él solo vea que lo pierde todo, parece que le tiene encantado este deseo de ser alabado y estimado, segun le lleva tras sí.

Por esto San Basilio llama á la vanagloria: «Dulce robadora de nuestras espirituales riquezas y alegre enemigo de nuestras almas (1).» Es un enemigo muy halagüeño; es un dulce empobrecer. Y con esto, dice el Santo que engaña á tantos este vicio por la dulzura y suavidad que trae consigo. «A los necios, dice (2), es cosa muy dulce y sabrosa esta alabanza humana, y con eso los engaña.» Y San Bernardo dice: «Temed esta saeta de la vanagloria, que entra blándamente y parece una cosa liviana; pero dígoos de verdad que no causa pequeña llaga en el corazón (3).» Polvillos son, pero de soliman.

Cuenta Surio (4) que, como estuviese el gran Pacomio sentado en cierto lugar del Monasterio con otros Padres graves, uno de sus monges trajo dos esteras pequeñas que habia hecho aquel dia, y púsolas junto á su celda, en frente de donde estaba San Pacomio, de manera que él las pudiese ver, pensando que le habia de alabar de diligente y cuidadoso, porque la regla no mandaba sino que cada uno hiciese cada dia una estera y él habia hecho dos. Y como el Santo entendió que habia hecho aquello por vanidad, dijo á los Padres, que estaban con él, suspirando y con gran sentimiento: «Mirad este hermano que ha trabajado desde la mañana hasta la noche, y todo su trabajo lo ha ofrecido al demonio, y ha amado mas la estima de los hombres que la gloria de Dios.» Y llámale, y dále una buena reprehension, y

(1) *Dulcem spiritualium opum expoliatricem, jucundum animarum nostrarum hostem. Basil. in const. Monast. c. 11.*
(2) *Dulce quid humanæ imperitis gloria est. Ib.*
(3) *Time sagittam, leviter volat, leviter penetrat, sed dico tibi non leve infligit vulnus, cito interficit, Nimirum sagitta læc vanagloria est. Bernard. Ser. 6, super. Ps. Qui habitat.*
(4) *Surius in vita S. Pacomii.*

máudale en penitencia que cuando los monges se juntan á tener oracion, vaya él allá con sus dos esteras acuestas, y diga en alta voz: «Padres y hermanos míos, por amor del Señor, que todos rueguen á Dios por este pecador miserable; que haya misericordia de mí, porque tuve en mas estas dos pequeñas esteras que el reino de los cielos.» Y mandóle mas, que cuando fuesen los monges á comer, estuviese de la misma manera en medio del refectorio con sus dos esteras á cuestas todo el tiempo que durase la mesa. Y no paró en esto la penitencia: despues de hecho esto, manda que le encierren en una celda y que nadie le visite, sino que esté allí solo por espacio de cinco meses, y que no le den á comer sino pan y agua y sal, y que cada dia haga dos esteras allí solo, que no lo vea nadie y ayunando. De donde podemos tambien sacar para nuestro aprovechamiento, cuán graves penitencias daban aquellos Padres antiguos por culpas livianas, y la humildad y paciencia con que los súbditos las llevaban y se aprovechaban de ellas.

CAPITULO IV.

Que la tentacion de vanagloria, no solamente es de los que comienzan, sino tambien de los que van adelante en la virtud.

El bienaventurado San Cipriano, tratando de aquella tentacion con que el demonio acometió á Cristo nuestro Redentor en segundo lugar, cuando llevándole al Pináculo del templo, le dijo: “Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo (1),” esclama y dice: «¡Oh maldita y abominable malicia del demonio, pensaba el maligno que á quien no habia podido vencer con la tentacion de gula, le habia de vencer con la de vanagloria (2);»

(1) *Si Filius Dei est mitte te deorsum. Math. IV, 6.*
(2) *Oh execrabilis diaboli malitia, putabat malignus, quem gula non vicerat, vanagloria superare. S. Cyprianus.*

y así le persuade que se eche á volar por el aire para que sea espectáculo y admiracion á todo el pueblo. Pensó el demonio que le habia de suceder con Cristo como le habia sucedido con otros: tenia esperiencia, y lo habia ya probado muchas veces, dice San Cipriano, que á quien no habia podido vencer con otras tentaciones, los habia vencido con esta de vanagloria y soberbia. Y por eso, despues de haberle tentado de gula, le tentó de vanagloria, como de cosa mayor y mas dificultosa de vencer; porque no es fácil cosa, dice el Santo, no holgarse uno con las alabanzas: así como hay muy pocos que se huelguen de oír decir mal de sí, así hay muy pocos que no gusten de que sientan y digan bien de ellos. Por donde se verá que esta tentacion de vanagloria no es solamente tentacion de principiantes y novicios, sino tambien de muy antiguos y de los que tratan de perfeccion; antes de estos es mas propia.

El santo abad Nilo (1), que fué discípulo de San Juan Crisóstomo, refiere de aquellos PP. viejos y experimentados que criaban é instruian diferentemente á los novicios que á los antiguos, porque á los novicios enseñábanles é imponíanles en que se diesen mucho á la templanza y abstinencia, porque el que se deja llevar y vencer del vicio de la gula, decian que fácilmente seria vencido del vicio de la lujuria; porque el que no sabe resistir á lo que es menos, ¿cómo resistirá á lo que es mas? Pero á los antiguos avisaban que estuviesen muy apercebidos para defenderse y guardarse de la vanagloria y soberbia. Como los que navegan por la mar se previenen y guardan de los peñascos y bajíos que están junto al puerto, porque muchas veces acontece que los que han navegado mucho tiempo con bonanza vienen á peligrar en el puerto; así mu-

(1) *Nilus, de interemptione patrum qui erant in Sina; et refert Surius, XIV. Januarii.*

chos que casi todo el curso de su vida habian caminado bien, venciendo y sobrepujando las tentaciones que se les ofrecian, despues, al fin, cuando ya estaban cercanos al puerto, confiados de sus victorias pasadas y teniéndose ya por seguros, ensoberbeciéndose y descuidándose con eso, vinieron á caer miserablemente. El navio que no se habia abierto ni saltado navegando tanto tiempo por la mar, vino á saltar y quebrarse en el puerto. Eso hace la vanagloria; y así la llaman los Santos «tempestad en el puerto.» Y otros dicen que es como quien lleva una nao muy bien calafateada y jarcia da y muy cargada de mercaderias, y le da un barreno por donde, entrando el agua, la viene á anegar.

De manera que aquellos PP. antiguos no instruian á los principiantes y novicios á defenderse de la vanagloria por parecerles que no era menester; porque los que acaban de venir del mundo corriendo sangre, que aún no tienen cerradas las llagas de los pecados, consigo se traen harta materia de humildad y confusion. A esos tratadles de abstinencia, de penitencia y mortificación. Los antiguos, que han ya llorado y gemido muy bien sus pecados y hecho mucha penitencia de ellos, y se han ejercitado mucho en las virtudes, esos han menester estos avisos. Pero los que comienzan, que están vacíos de virtud y llenos de pasiones y malas inclinaciones, y que aún no han acabado de llorar bien sus pecados y el olvido que han tenido de Dios, esos no tienen fundamento de que les venga vanagloria, sino mucho dolor y vergüenza. Así habia de ser ello, y de aqui habian de tomar ocasion de grande confusion los que teniendo muchas cosas de que humillarse, de sola una que luzca y les parezca que hicieron bien, se desvanecen y engrienen. Andamos muy engañados. Una sola cosa que tuviéramos mala habia de bas-

tar para andar confundidos y humillados, porque para el bien es menester que no falte nada, y para el mal basta una cosa sola que falte. Y nosotros hacemos al revés, que no bastan tantas faltas y males como tenemos para humillarnos, y una cosa sola buena que nos parezca que hay en nosotros, basta para ensoberbecernos y para que deseemos ser tenidos y estimados; en lo cual se verá bien la malicia y sutileza de este vicio de la vanagloria, pues á nadie perdona y aun sin fundamento aomete. Y así dice de ella San Bernardo: «Ella es la primera que nos acomete para hacernos caer, y la postrera y última batalla que tenemos que vencer (1).» Por tanto, hermanos míos, dice San Agustin (2), armémonos y prevengámonos todos contra este vicio, como lo hacia el profeta David cuando decia: «Señor, apartad mis ojos de toda vanidad (3).»

CAPITULO V.

De la necesidad particular que tienen de guardarse de este vicio de la vanagloria los que tienen oficio de ayudar á los prójimos.

Aunque todos tienen necesidad de apercibirse contra esta tentacion de vanagloria, como habemos dicho; pero los que tenemos oficio é instituto de ayudar á la salvacion de las almas, tenemos mas particular necesidad de andar muy prevenidos en esto, porque nuestros ministerios son muy altos y patentes y manifiestos á todo el mundo; y cuanto mayores y mas espirituales son, tanto por una parte es mayor el peligro, y por otra seria mayor nuestro delito si en ellos nos buscásemos á nosotros mismos y el ser

(1) Ipsa est in peccato prima, in conflictu postrema. *Bern. de ord. vitae, et morum institut.*
 (2) *August. sup. Ps. 118.*
 (3) *Averte oculos meos ne videant vanitatem. Ps. CXVIII, 37.*

tenidos y estimados de los hombres. Porque seria alzarnos con lo que Dios mas aprecia y estima, que son las gracias y dones espirituales. Y así dice San Bernardo (1): «Ay de aquellos á los cuales fué dado sentir y hablar bien de Dios y de las cosas espirituales, y entender las Escrituras y predicar graciosamente, si lo que se les dió para ganar almas y estender y dilatar la honra y gloria de Dios, lo convierten ellos en buscarse á sí mismos y ser tenidos y estimados de los hombres! Teman y tiemblen de lo que dice Dios por el profeta Oseas: «fié de ellos mis riquezas, díles mi plata y mi oro y las joyas preciosas que yo mas estimaba, y ellos han hecho de eso un ídolo de Baal.» Han fabricado con ello un ídolo de honra.

San Gregorio (2) trae á este propósito aquello de San Pablo á los de Corinto (3): «No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios.» Dos esplicaciones da á este lugar: de dos maneras, dice, puede uno adulterar la palabra de Dios. La primera, cuando entiende y declara la Escritura Divina de otra manera de lo que es, engendrando y sacando de ella con su propio espíritu falsos y adulterinos sentidos, siendo el legítimo marido y autor de ella el Espíritu Santo, y el verdadero y legítimo sentido el que le ha declarado á su Iglesia por los Santos y doctores de ella. La segunda declaracion de adulterar la palabra de Dios es la que hace á nuestro propósito. Esta diferencia hay del verdadero y legiti-

(1) *Vae qui bene de Deo, et sentire, et eloqui acceperunt, si quaestum aestiment pietatem, si convertant ad inanem gloriam, quod ad lucra Dei acceperant erogandum; si alta sapientes humilibus non consentiant. Paveant quod in propheta Osea legitur: dedi ei argentum, multiplicavi ei et aurum, quae fecerunt Baal (Osee II, 8).—Bernard. Serm. 45 super Cantica.*

(2) *Greg. lib. XXII, Mor. c. 17.*
 (3) *Non enim sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei, sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur. II ad Cor. II, 17.*

mo marido al adúltero, que aquel lo que pretende es engendrar y tener hijos, pero este no pretende sino solamente su deleite y contento. Pues de la misma manera el que con la palabra de Dios y con el oficio de la predicacion que tiene no pretende tanto engendrar hijos espirituales para Dios, que es para lo que ella se ordena, conforme á aquello de San Pablo: «Por medio del Evangelio os he engendrado (1),» cuanto su gusto y entretenimiento y ser tenido y estimado, ese adultera la palabra de Dios. Y por esto llaman tambien los Santos á la vanagloria lujuria espiritual por el deleite grande que en ella se recibe, mayor que en la otra carnal, cuanto escede el alma al cuerpo. Pues no adulteremos la palabra de Dios, no pretendamos en nuestros ministerios otra cosa que la honra y gloria de su Divina Magestad, conforme á aquello que dice Cristo nuestro Redentor: «Yo no busco mi gloria, sino la honra y gloria de mi Padre celestial (2).»

Una hazaña cuenta la Sagrada Escritura de Joab, capitan general del ejército de David, digna de ser contada é imitada de nosotros. Dice que estaba Joab con su ejército sobre la ciudad de Rabat, que era una ciudad de los amonitas, la metropolitana donde residia el rey con su corte. Y ya que tenia el negocio en buenos términos y estaba á punto de entrarla y tomarla, despacha correos al rey David haciéndole saber el punto en que tenia el negocio; por tanto que venga él, y la entre y tome. Y da esta razon, «porque no se me atribuya á mí la honra de la victoria, si yo entro y la tomo (3);» y así se hizo. Esta fidelidad habemos de guardar nosotros con Dios en todos nuestros ministerios, no queriendo jamás que se nos

(1) *Per Evangelium ego vos genui. I. Cor. IV, 13.*
 (2) *Ego autem non quaero gloriam meam. Joann. VIII, 50.*
 (3) *Ne cum a me vastata fuerit urbs, nomini meo adscribatur victoria. II. Reg. XII, 29.*

atribuya á nosotros el fruto y conversion de las almas, ni el buen suceso de los negocios, sino todo á Dios. "No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da la gloria (1)." Toda la gloria se ha de dar á Dios, que está en los cielos, que así lo cantaron los ángeles: "Gloria sea á Dios en las alturas (2)."

De Santo Tomás de Aquino leemos en su Historia, que no tuvo en toda su vida vanagloria que llegase á culpa. Nunca tuvo complacencia ni contentamiento vano de las grandes letras y entendimiento angélico y otros dones y gracias que Dios le dió. Y de nuestro bienaventurado San Ignacio leemos (3), que muchos años antes que muriese, no tuvo ni aun tentacion de vanagloria, porque estaba su ánima, con la luz del cielo que tenia, tan esclarecida y con tan grande conocimiento y menosprecio de sí, que solia él decir que á ningun vicio temia menos que á este de la vanagloria. Esto es lo que nosotros habemos de imitar, y confundirnos y avergonzarnos, cuando aun en cosas bajas nos dejamos llevar de la vanidad, cómo os habreis cuando os viéredes gran letrado y gran predicador y que haceis gran fruto en las almas, y que por eso sois muy tenido y estimado de los príncipes y prelados y de todo el mundo? Es menester que nos acostumbremos en las cosas pequeñas á no hacer caso de las alabanzas y estima de los hombres, ni mirar respetos humanos, para que así estemos diestros en hacer lo mismo en las mayores.

CAPITULO VI.

De algunos remedios contra la vanagloria.

El glorioso San Bernardo, en el ser-

(1) Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Ps. CXXHI, 9.
(2) Gloria in altissimis Deo. Luc. II, 14.
(3) Lib. 3, c. 3, vitæ S. P. N. Ignatii.

mon XIV sobre el salmo: *El que habita etc.*, sobre aquel verso: "sobre el aspid y el basilisco andarás y pisarás al leon y al dragon (1)," va declarando que así como estos animales unos dañan con los dientes mordiéndolo, otros con el huelgo, otros con las uñas, otros espantan con su bramido, así el demonio invisiblemente daña y hace mal á los hombres de todas estas maneras, y va aplicando las propiedades de los animales á diversas tentaciones y vicios con que el demonio nos hace guerra. Y viniendo al basilisco, dice: "del basilisco se dice una cosa monstruosa, que con sola su vista inficiona tanto al hombre que le mata;" y esto aplica el Santo al vicio de la vanagloria, conforme á aquellas palabras de Cristo: "guardaos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres, porque os las vean hacer (2);" como si dijera: guardaos de los ojos del basilisco. Pero advertid que del basilisco dicen que no mata sino á quien él ve primero; pero si vos le veis á él primero, no os dañará, antes dicen que muere con eso el basilisco. Así dice que es en este vicio de la vanagloria, que no mata sino á los ciegos y á los negligentes que se le quieren mostrar y poner delante para que los vea, y no le quieren ellos mirar primero, considerando cuán vana y inútil cosa es esta vanagloria; porque si vos mirádes primero de esta manera este basilisco de la vanagloria, no os mataría ni os haría daño, sino vos le mataríades á él, deshaciéndole y convirtiéndole todo en humo.

Este sea el primer remedio contra la vanagloria, que procuremos nosotros de mirar primero á este basilisco, que nos pongamos á considerar y examinar con atención que la opinion y estima de los hombres todo

(1) Super aspidem, et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem, et draconem. Ps. LXXX, 13.
(2) Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis. Matth. VI, 1.

es un poco de viento y de vanidad, pues nosotros da ni nos quita nada, ni por eso seremos mejores, porque ellos nos alaben y estimen; ni peores, porque murmuren de nosotros y nos persigan. San Crisóstomo, sobre aquello del salmo V: "porque tu bendecirás al justo (1)," trata muy bien esto y dice, que para animar á un justo que es perseguido y oye malas palabras de los hombres, y para que no desmaye por eso ni haga caso de ello, le esfuerza el Profeta con estas palabras: "porque vos, Señor, bendeciréis al justo," y con eso ¿qué le dañará que todos los hombres le menosprecien, si el Señor de los ángeles le bendice y alaba? Como al contrario, si el Señor no le bendice y alaba, ninguna cosa le aprovechará, aunque todo el mundo le loe y le predique, y pone por ejemplo al Santo Job; el cual, estando en el muladar lleno de lepra, de llagas y de gusanos, perseguido y baldonado de sus amigos y enemigos y de su propia muger; con todo eso, era mas bienaventurado que todos ellos, porque aunque los hombres le injuriaban y decian mal de él, Dios decia bien de él, diciendo que era "varon sencillo, recto, temeroso de Dios, apartado del mal, y que aun se conservaba en la inocencia (2)." Y eso le hacia verdaderamente grande, y los desprecios de los hombres y desestima del mundo ninguna cosa le quitaban. Y así dice San Crisóstomo que lo que habemos de procurar con todo cuidado y diligencia es ser tenidos y estimados delante de Dios; porque el serlo cerca de los hombres, ni quita ni pone, y así no hay que hacer caso de eso. Decia el Apóstol San Pablo: "á mí no se me da nada ser juzgado y tenido en poco de los hom-

bres (1)." No ando á contentar á los hombres, á Dios querria contentar porque él es mi juez: "El que me juzga es el Señor (2)."

San Buenaventura añade aqui otro punto. Dice: "no os enojeis contra los que dicen mal de vos, porque ó es verdad lo que dicen, ó no: si es verdad, no es de maravillar que ellos se atrevan á decir lo que vos os atrevisteis á hacer; si es falso, no os podrán dañar; y si con todo eso os vinieren movimientos de sentimiento, sufridlo, dice, con paciencia, como el que sufre un cauterio de fuego, porque así como el cauterio sana la llaga, así esta murmuracion os curará de alguna soberbia oculta que por ventura teneis (3)."

El segundo medio que nos ayudará mucho para esto es el que nos encomiendan San Basilio (4), San Gregorio, San Bernardo y generalmente todos los Santos, que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Aunque sea muy amigo y aunque sea muy familiar vuestro aquel con quien tratáis, nunca digais cosa que pueda redundar en loor vuestro: antes habeis de poner mas cuidado en encubrir las virtudes que los vicios (5). Del P. Maestro Avila se dice que tenia en esto muy gran recato, y cuando alguna vez, para provecho y edificacion de aquel con quien trataba, le parecia que era menester decir alguna cosa de edificacion que á él le habia acontecido, contábala como de tercera persona, de manera que el otro no entendiese que era él. De nuestro P. San Ignacio nos contó un prelado de Es-

(1) Mihi autem pro minimo est, ut a vobis iudicer, aut ab humano die. I ad Cor. 41.
(2) Qui autem iudicat me Dominus est. Ib.
(3) Bonav. Opusc. de informat. novit.
(4) Basil. serm. de exercit. Monastica.
(5) Nihil unquam de te loquaris quod laudem importet, quantumcumque sit familiaris illo cum quo loqueris. Imo potius plus labora colere virtutes, quam vilia. Bernard. in formula honestæ vitæ.

(1) Quoniam tu benedicis justo. Ps. V, 13.
(2) Vir simplex, et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo, et adhuc retinens innocentiam, Job, II, 3.